

Memoria

El proyecto se concibe como un parque habitado donde la presencia del agua y la vegetación definen una experiencia continua, permitiendo que la arquitectura se integre en una topografía construida de formas fluidas y armónicas. Esta morfología nace de una sensibilidad arraigada en el territorio, traduciendo la estructura y los ritmos de la producción local en pautas de diseño que generan espacios desplegados hacia el horizonte del lago. La geometría surge de interpretar la organización de los frutos que definen la identidad de Santa Ana, capturando ese orden natural de protección y eficiencia para trasladarlo a una infraestructura que acompaña el relieve. El visitante transita una pieza de paisaje que se pliega y se eleva para dar lugar a las funciones del complejo termal, manteniendo coherencia con los patrones de la tierra productiva.

En este sistema, la antigua Torre de Agua se mantiene inmaculada como el foco organizador, un eje de memoria que jerarquiza la intervención y al cual la nueva infraestructura rinde respeto mediante vacíos y perspectivas que la preservan como hito histórico de la identidad regional. En este mismo sentido de valoración, se integra la piscina original de la perforación termal, rescatando el primer testimonio del uso del recurso como parte del recorrido. La implantación busca que la escala de lo nuevo dialogue con estas preexistencias, apostando por una inserción que emerge del estrato geográfico. La relación con la producción local se manifiesta en la disposición de los recorridos, creando una trama que organiza el movimiento de manera orgánica, integrando la esencia del trabajo de la tierra al descanso del cuerpo.

La materia se expresa a través del hormigón visto, elegido por su honestidad y su carácter duradero, respondiendo con nobleza a las condiciones climáticas del lugar y asegurando un mantenimiento mínimo. Esta elección técnica constituye la base sobre la cual se asienta la experiencia del agua; un refugio sólido que garantiza permanencia frente a los ciclos del tiempo. El material resuelve con una sola técnica la estructura y los límites, logrando una síntesis constructiva que optimiza los recursos. Esta solidez se equilibra con cubiertas verdes que prolongan el suelo sobre la arquitectura, logrando una mimetización total y una aislación térmica natural que refuerza el compromiso con el entorno. Estas superficies vegetales actúan como miradores, devolviendo el plano de suelo que la arquitectura ocupa.

El ciclo se completa con el tratamiento biológico en un espejo de agua que purifica el recurso antes de su devolución final, transformando un proceso técnico en un hito de respeto por el sistema hídrico y el ecosistema local. Este humedal se integra al paisajismo como un componente esencial, donde el líquido recupera su estado puro a través de la vida vegetal antes de reincorporarse a su cauce natural. Se cumple con una visión integral donde patrimonio, producción y naturaleza se funden en una pieza de infraestructura que celebra el carácter de Santa Ana. El proyecto es una apuesta por lo duradero y lo auténtico, un espacio que rinde homenaje a la fuerza productiva y a la historia del lugar.